

Una espiritualidad dominicana de animación y formación

Sr. Margaret Ormond, OP

Veinte años atrás, los Comunistas encarcelaron a un teólogo vietnamita. Después de un cierto tiempo, algunos de sus compañeros y carceleros le preguntaron al prisionero cómo lograba mantener su fe y esperanza. El sabía que tenía que contestar de un modo que lograran entender, sin utilizar una terminología escolástica, sino que con la simple verdad del Evangelio. Por fin, encontró el modo de explicarles y dijo: “Dejé todo porque amo los defectos de Jesús: tiene una memoria terrible, no conoce ni la lógica ni la matemática y no comprende las finanzas ni la economía.” (Testimonio de Esperanza — Testimony of Hope, Cardinal Francis Xavier Nguyen Van Thuan p. 36).

Para hablarles de la Espiritualidad Dominicana de la Animación y la Formación, mis estimadas hermanas, que viven en esta realidad cotidianamente, pienso que podría comenzar afirmando que podemos aprender mucho sobre este tema si nos fijamos en los defectos de Domingo.

Domingo desobedeció a algunas de sus propias reglas y no respetó ciertas leyes de la Iglesia. Ni logró concretizar algunas de sus ideas y se encargó de más cosas de las que podía. En cierta forma, fue negligente ya que no dejó unas reglas o algo escrito para orientar e inspirar a sus discípulos, como hicieron otros fundadores.

Por lo tanto, hay esperanza para personas como nosotros. No tenemos que tenerlo todo. En efecto, no sería muy dominicano. A imitación de Domingo, podemos ser desobedientes, fracasar, ser escandalosa e irresponsables, ¡y aún así ser buenas animadoras y formadores! Por lo tanto, ¡relajémonos! Dado que hablaré de animadoras y formadores, incluyo a todos los directores de vocaciones presentes, ya que en realidad son ellas las que nos orientan con vistas al futuro.

Existe mucha literatura sobre la animación y la formación. ¿Qué puedo decir de original sobre la “Espiritualidad Dominicana de la Animación y la Formación”? Realmente vacilo al hablar, sobre todo a la luz de los trágicos acontecimientos del once de septiembre, pero lo intentaré, confiando no sólo en vuestra capacidad de reflexionar sobre vuestra experiencia personal como animadoras y formadoras, sino que también en vuestra capacidad de buscar la verdad en vuestra propia “Espiritualidad de Animadoras y Formadoras” en los comentarios que preparé.

Tras leer y reflexionar acerca de nuestra historia y tradición dominicanas, y reflexionar sobre mi propia experiencia en la formación y la animación como Coordinadora Internacional de las Hermanas Dominicanas Internacionales, me gustaría tomar en consideración tres cualidades que representan nuestra

Espiritualidad Dominicana de Animación y Formación; tres formas en que el Espíritu Santo hoy nos inspira a ser líderes y formadoras dominicas. Esta es mi lista. Fue una experiencia enriquecedora llegar a estas tres cualidades. Quizá, también ustedes podrían entretenerse pensando en su lista. ¿Cuáles son las cualidades que pienso caracterizan la animación y formación dominicana? Muy sencillamente, son: la confianza, la sinceridad y la amabilidad. Espero lograr analizar estas cualidades para que puedan ver si corresponden a vuestras percepciones, o lograr estimularlos para que las incluyan más explícitamente en vuestra vida de líderes o formadores. Desgraciadamente, no tengo tiempo suficiente para examinar cada una de estas tres cualidades desde el punto de vista de Dios, personal y de los demás; por lo tanto he sintetizado mi pensamiento y llegado a la conclusión de que las animadoras y formadoras dominicas deben confiar en Dios, ser sinceras consigo mismas y amables con los demás. Analizaré el fundamento dominico de cada una de estas cualidades, qué sucede cuando faltan estas cualidades en la animación y la formación, y algunas sugerencias para lograr incorporarlas en nuestra vida cotidiana. Por tanto, ¡abrochen los cinturones de seguridad!

CONFIAR EN DIOS

No soy muy original incluyendo este aspecto a los fines de la comprensión de la Espiritualidad Dominicana. Estoy segura de que muchos de ustedes se recordarán inmediatamente de la maravillosa cita de Schillebeeckx. Él afirma que la Espiritualidad Dominicana consiste en la “Fe en la prioridad absoluta de la gracia de Dios antes de cualquier acción humana: la orientación teológica de la vida Dominicana y su programa en relación con la ética, el mundo, la sociedad y la promoción de las personas. No hay una preocupación ego-céntrica sino la confianza en Dios. Puedo confiar más en Dios que en mí mismo... Dios todavía brinda un futuro inesperado al significado limitado y alcance de mis propias acciones (God Among Us, Cross road, NY, 1987, p. 241 —Dios entre Nosotros). Koudelka también se centra en la confianza de Domingo en la Divina Providencia. “Si la Orden tiene la marca indeleble de la personalidad de Domingo, no es porque él haya impuesto o deseado imponer sus propias ideas y temperamentos en ella, sino porque se le entregó su propio sentido del dinamismo de la Divina Providencia, y su inmensa confianza en Dios y en los ayudantes y compañeros que Dios le había dado.” (Vladimir Koudelka, Dominic, Darton, Longman, Todd, England, p. XVII).

Nuestra tradición se caracteriza por este principio de confianza absoluta en la Providencia Desde el inicio, Domingo envió a sus jóvenes predicadores, incluso a los novicios, por todo el mundo y les dijo que el iba a rezar por ellos. Juan de España declaró en el proceso de canonización: “Domingo tuvo tanta confianza en la bondad de Dios que envió aún a hombres ignorantes a predicar, diciendo: “No tengan miedo; el Señor estará con usted y pondrá su poder en su boca” (Simon Tugwell, “Dominican Risks”, Ashram,p. 187— Riesgos Dominicanos). Un buen ejemplo de esta confianza se puede ver en al historia de Buonviso: “Fue un

novicio y no tuvo habilidad para predicar, porque no había estudiado la escritura. Domingo le dijo que fuera a predicar a Piacenza. Domingo habló con tal encanto que persuadió ir a Buonviso, diciéndole que Dios estaría con él y le pondría las palabras en la boca. De hecho, Dios dio tanta gracias a Buonviso en su predicación que se convirtieron mucha gente y tres entraron en la Orden como fruto de esta predicación.” (Simon Tugwell, *Early Dominicans*, SPCK, London, p. 73— Primeros Dominicos). Este modo “despreocupado” de Domingo de enviar jóvenes sin preparación fue muy criticado. Lo que Jacques de Vitry dijo acerca de los Franciscanos también se dijo de los Dominicos: “Esta forma de vida religiosa me parece muy peligrosa, porque no solamente a hombres maduros, pero también a los jóvenes que debían haber contenido y probado dentro de la disciplina conventual, se les desparrama de a dos por todo el mundo.” (“Dominican Risks”, p. 174 — Riesgos Dominicanos). Mi opinión es que este método arriesgado estaba relacionado con la confianza de Domingo en la Divina Providencia.

Existen muchos ejemplos en la vida de Domingo en que es evidente esta confianza en Dios. El estuvo sólo por diez años en Fanjeaux. En mil doscientos siete (1207) muere Diego y también uno de los primeros tres legados. En mil doscientos ocho (1208) otro de estos legados es asesinado. Domingo no lograba poner en marcha su proyecto. Según buenos criterios administrativos, Domingo era básicamente un fracaso. Sin embargo, él resistió, no renunció y confió como nunca en la Providencia. No puedo evitar de pensar que esa fue su noche oscura del alma. Como Juan de la Cruz, se encontró ante un punto muerto pero nunca perdió su fe en Dios.

Como fundador, la confianza de Domingo en el Señor es igualmente evidente. Esto resulta patente cuando Domingo introdujo la fórmula de la profesión. Los discípulos de Domingo tenían que jurar obediencia ante todo a Dios. En ese entonces, otros grupos religiosos hacían la profesión a alguna Regla o estructura de la Iglesia, pero Domingo insistió en que sus discípulos juraran primero obediencia a Dios. Dios tenía que venir antes de todo lo demás; tenía que ser la primera persona con quien comprometerse. Dios tenía que estar en el primer lugar en la vida religiosa dominica, y tenía que tener la influencia principal en los discípulos de Domingo. En segundo lugar, ellos tenían que seguir la profesión de superiores, lo que “debe ser relativizado por el reconocimiento explícito de las acciones independientes de Dios.” (*Early Dominicans*, p. 26 —Primeros Dominicos). Ante todo, por último y siempre, debíamos confiar en el Señor Ayer, hoy y mañana, Dios es en todo momento la surgente de nuestra vida.

Otro ejemplo sorprendente de esta confianza fue cuando Domingo hizo hincapié en la importancia de la mendicidad en el Capítulo de mil doscientos veinte (1220). Si bien antes había hecho concesiones, esperando pacientemente el pleno cumplimiento de ese objetivo, Domingo afirmó que la Orden debía renunciar a todos los ingresos y las rentas fijas, incluso los predicadores ambulantes, los frailes y las comunidades, todos tenían que vivir de la limosna.

¿Cuál mejor demostración de esta confianza en la Divina Providencia que mendigar para las propias necesidades cotidianas? En ese mismo Capítulo, Domingo confió la Orden a sus hermanos y pidió que lo exoneraran de su cargo. Los frailes se opusieron, por tanto Domingo creó un grupo de cuatro colaboradores para que lo ayudaran en el Capítulo. (¡Ese grupo puede considerarse el primer equipo o consejo de gobierno dominicano!). Dado que creía que nada era imposible con la ayuda del Señor, pudo renunciar al sueño de su vida por el cuidado de sus hermanos. Como afirma Schillebeeckx y como creía Domingo, Dios da un futuro inesperado al significado y alcance limitado de nuestras acciones. No es de extrañarse que cuando empezó la controversia sobre la teología de la gracia, los discípulos de Domingo adhirieran a la interpretación que las buenas acciones, si bien son genuinamente personales, se deben completamente al Señor.

Durante toda su vida, Domingo hizo lo que según Laurie Sones todo animador debería hacer, es decir, Domingo se mantuvo constantemente en contacto con su jefe. Este verano mientras leía otra vez la vida de Domingo de Vicaire, me conmovieron las numerosas referencias a la oración contemplativa de Domingo, El rezaba todo el día, durante los momentos de dificultad, antes de tomar decisiones y fuera de horas. Rezaba en cualquier lugar: en la calle, en la capilla, en la sala del Capítulo, en el Vaticano. Él confiaba en su relación con el Señor de la Providencia. No se trataba de un informe anual o una reunión trimestral de la junta, o un retiro mensual o un día de oración. Era una relación constante.

Gracias a esta confianza en el Señor, Domingo confió en su comunidad. Deliberadamente intentó no imponer mucho sus opiniones a sus asociados. Después del Cuarto Concilio Laterano, cuando le dijeron a Domingo que tenía que escoger una de las reglas existentes, regresó a casa en Toulouse, para analizar el asunto con su comunidad y escuchar la sabiduría de sus hermanos. Juntos eligieron la Regla de Agustín. Aunque Domingo confiaba en la comunidad, también es evidente que confiaba en sí mismo, creía en sí mismo. Cuando decidió enviar por el mundo a sus discípulos tuvo que enfrentar mucha resistencia, tanto del obispo como de sus hermanos. El se mantuvo firme y afirmó: “¡Yo sé lo que estoy haciendo!”. ¿Concuerdan conmigo en que una de las características del liderazgo de Domingo fue su confianza, total y absoluta, en Dios para todo?

¿Qué nos pasa como animadoras dominicanas cuando no tenemos esa confianza en Dios? Parker J. Palmer, un cuáquero contemporáneo muy influyente, habla de “ateísmo funcional: creer que la responsabilidad última por todo corresponde a nosotras. Esta es la convicción inconsciente de que si algo bueno va a pasar aquí, seríamos nosotras las que lo vamos a causar - es una convicción mantenida hasta por gente que habla muchísimo de Dios”. (Let Your Life Speak, Jossey-Boss Inc, California, p. 88 — Deja que hable tu vida). Esta actitud nos lleva a la depresión, a la desesperación. Si confiamos en Dios cotidiana y constantemente, nos damos cuenta que somos solo prioras adjuntas,

provinciales adjuntas consejeras generales adjuntas, directoras de vocaciones adjuntas. Podemos renunciar a la función de “Directora General del Universo Entero”, así como de la congregación o provincia entera, y hacer sólo lo que podemos, lo que está en nuestras manos. Recuerden la cita de Walter Farell: YOU ARE A DOMIMCAN. “A mí me parece encantador poder tirarme en la cama, dándome cuenta que hay alguien tan grande como Dios que se preocupa de todo lo que hay que hacer... No puedes hacer todo en un día ni ta poco puedes hacer una parte con la perfección debida, ni aún a la manera que te gustada hacerlo; por eso como todos los demás, uno intenta hacer el trabajo con una cantidad normal de energía, por un tiempo razonable, y después uno se va a dormir, sabiendo que somos solamente hijas de Dios, no Dios mismo. Es humillante pero es fascinante.”

Confiar en Dios nos permite dar nos cuenta que no tenemos que soportar toda La carga. Podernos compartirla con nuestras hermanas, que quieren que les deleguemos poderes. Una vez escuché a un miembro de un equipo directivo expresar urgencia acerca de su ministerio diciendo: “Nuestro equipo tiene tan poco tiempo para completar su labor. Tenemos sólo una pequeña oportunidad, porque ELLAS (los miembros de la congregación) no están equipadas para enfrentar el futuro”. Quizás nuestros miembros ya estaban antes que nos nombraran, y la mayoría de ellos estará allí después que nos vayamos. Y ese enorme sentido común que los ha sostenido a lo largo de los años al final no los abandonará. Nosotros tendemos a ponemos en la defensiva cuando no confiamos lo suficiente en la bondad y la sabiduría de nuestras hermanas y hermanos. La confianza en nuestros miembros es una característica muy dominicana del liderazgo y la formación. Domingo tomó prestado del derecho romano el aforismo: “Lo que concierne a todos debe ser tratado y acordado por todos.” (MH Vicaire, *The Genius of St. Dominic*, Dominican Publications, Nagpur, India, p. 41 *El genio de Santo Domingo*). Hoy día, pienso que la sabiduría reside en la buena voluntad y en el sentido común de nuestra hermandad y fraternidad, y ello gracias al plan y cuidado providencial de nuestro Señor.

Otro obstáculo es que a veces no confiamos en nosotros mismos. Dudamos de nuestras capacidades de gobierno. No estamos seguros de nuestra fortaleza en medio del caos. Nos olvidamos que la mano del Señor vela sobre nosotros. Y, así, sin ni siquiera darnos cuenta “privamos a otros de su identidad como una manera de poder fortalecer la nuestra”-(Palmer, p. 86). A nuestras hermanas y al personal les privamos de la capacidad de pensar, responder, crear y evaluar. La confianza en la “gracia del oficio” es también una actitud muy dominicana, es lo que nos permite relajamos y tranquilizar nos. Recuerdo cuando comencé a trabajar con las Hermanas Dominicadas Internacionales, me aquejaban tantas inseguridades: “Hermanas Dominicadas Internacionales” fracasará porque no soy capaz.. porque tengo una mentalidad muy estadounidense y no lo suficientemente internacional... porque no estoy segura de su futuro... por que no lograré atraer ayuda, ni financiera ni de otro tipo... porque no puedo hacer todo lo que creo debería ser hecho.., porque en Roma hay tanta opresión contra

las mujeres.... porque la Iglesia no ayuda a las mujeres en sus esfuerzos.. porque hay muchas diferencias entre las hermanas dominicas... porque... porque... Y, en vez de superar todas esas inseguridades, o algunas de ellas, me acordé de mi experiencia más negativa y visible y dejé que se apoderan de mí. Me olvidé de las palabras de Meister Eckhart. Escuchen con atención: “Si este nacimiento realmente ha ocurrido dentro de ti, entonces ninguna criatura podrá frenarte. Agarrar a Dios en todas las cosas, esa es la señal de tu nuevo nacimiento.”

¿Cómo podemos incorporar en nuestra vida cotidiana esos momentos de presencia contemplativa en que estamos conscientes de la Providencia del Señor? ¿Cómo podemos confiar siempre en el dinamismo de la Providencia Divina? La resignación pasiva, que se manifiesta en el dicho “Es la voluntad del Señor?” no hace parte de la herencia de Domingo; el compromiso activo es el camino para los dominicos. ¿Cómo podemos dejar que la atención providencial de Dios interrumpa nuestras vidas tan ocupadas y nos lleve hacia delante y hacia arriba? ¿Qué es lo que nos impide confiar más firmemente en Dios considerándolo nuestra roca y fortaleza? ¿Es que no tenemos tiempo, o no nos tomamos el tiempo para lograr poner en perspectiva la situación a la que nos enfrentamos? Nunca dejo de maravillarme ante la sabiduría de nuestras hermanas más ancianas. Algunas parece tener una percepción que abarca el pasado, el presente y el futuro, y esto se debe fundamentalmente a su confianza, dependencia de Dios para todas las cosas. ¿Cómo se ven afectados nuestros ministerios por la inmensidad de la Providencia Divina? Una de las ex-prioras de mi Congregación de Columbus, Madre Stephanie, cuatro años después de la Depresión de mil novecientos veintinueve (1929), escribió: “Confía completamente en el Señor y sigue adelante con coraje en tu importante trabajo; planea todo para el futuro, como si tuvieras una donación de un millón de dólares. En realidad, posees algo más seguro: la fe y confianza en la Providencia de Dios.” ¿Somos lo suficientemente audaces en nuestros ministerios? ¿Estamos dispuestos a arriesgarnos por la inmensidad de la Providencia Divina? ¿Cuáles decisiones hemos tomado recientemente que estaban basadas en la fe y no en el miedo? ¿Podemos permitirnos aparecer temerarias? Se trata de conservar la herencia de Domingo. ¿Dejamos la puerta suficientemente abierta para lo inesperado y las sorpresas? ¿O somos tan organizadas y eficientes que tenemos una respuesta o formularios para todo? ¿Tenemos que renunciar un poco a nuestra “profesionalidad” para dar espacio a lo ridículo o lo extravagante? Tal vez, no todos los días, pero por lo menos una o dos veces al año. ¿Cuándo dejamos tiempo para analizar este tipo de preguntas en nuestras reuniones de equipo?

Pregunta: ¿En cuál situación particular te resultó más difícil confiar en Dios?

SER SINCERA CON UNO MISMO

La segunda calidad que considero esencial para una Espiritualidad Dominicana del Liderazgo y la Formación es la sinceridad. Dado que confiamos en Dios, la verdad no es una característica sorprendente: la verdad es una virtud antigua y, en efecto, es un lema de la Orden. Fue sólo en el siglo diecinueve (XIX) que la Orden escogió ese epíteto, aunque hay referencias precedentes. En nuestros cantos nos referimos a nuestro fundador como “Doctor de la Verdad”. Sabemos que Tomás de Aquino, que escribió tres grandes volúmenes acerca de la Verdad, *De Veritate*, estaba fascinado por la Verdad Divina y consideraba que ésta abarca la realidad divina, física y humana. También existe una carta que el Papa Clemente Cuarto (IV) envió al Capítulo General de mil doscientos sesenta y seis (1266) en la que el Papa atribuye a la Orden de los predicadores la fórmula de Isaías 26:2 “la gente justa, guardadora de verdades”. Y en el siglo catorce (XIV), Luis de Bayana, adversario de Juan veintidós (XXI) I, escribía: “La Orden de Predicadores es la Orden de la Verdad que defiende tanto con valentía como con libertad”. (Guy Bedouelle, *The Grace of the Word*, Ignatius Press, San Francisco, p. 168 — La gracia de la Palabra).

También Catalina de Siena pone énfasis en la Verdad. En el Diálogo, ella se dirige a Dios como la Primera Verdad, la fuente de toda verdad. y a Jesús como “Gentil Verdad”. Y concluye esa conversación con las siguientes palabras “Vísteme, vísteme con Vos mismo, Verdad eterna” Para Catalina, estar comprometida con la Verdad fue en primer lugar, estar comprometida con Dios. La Verdad es ésta Dios sólo quiere nuestro bien, nuestra plenitud en la verdad y en el amor y nuestra santidad dentro de la santidad de Dios. (Suzanne Noffke, *Vision through a Distant Eye*, Liturgical Press, Minnesota, p. 167 Visión por un Ojo distante)

Ahora me gustaría detenerme en lo que nuestra querida Catalina dice sobre el ser sincero con uno mismo. Hoy día, algunos se burlan de este tipo de introspección, mientras otros la exaltan en modo aislado. Nuestra santa hermana Catalina afirma que el conocimiento de uno mismo es esencial para entregarse a los demás, incluso al Otro, es decir, a Dios. Catalina dice que debemos liberarnos de nuestro falso yo y conocer nuestro verdadero ser. Usa la imagen de un viaje en un pozo y describe el proceso de construir un pozo en que uno tiene que excavar montones de tierra antes de encontrar el agua. De manera similar, tenemos que remover la tierra de nuestro falso yo, caracterizado por nuestra independencia y orgullo, “el suelo de nuestra pobreza, el reconocimiento que solas nosotras no somos nada.” (L 41). Sólo en ese modo encontraremos el agua corriente de la bondad de Dios en las profundidades de nosotras mismas, donde está nuestro verdadero ser. En vena más contemporánea, Etty Hillesum, una víctima del Holocausto, afirma: “Verdaderamente, no veo otra solución sino la de volver hacia nuestro interior y extirpar toda la pobredumbre que hay allí. No creo que podamos cambiar algo en el mundo sin antes cambiar nosotros mismos. Y esta me parece que es la única enseñanza extraída de esta guerra.”

Cuando Catalina habla del conocimiento de uno mismo, lo describe como un proceso delicado, un proceso de crecimiento. Este conocimiento no ocurre de la noche a la mañana, hay que recorrer un camino, lleno de etapas. Es un proceso de búsqueda de la verdad. Como dice Timothy Radcliffe: “La verdad no se capta con la claridad de una sola visión, pero uno de acerca a puntapié a ella, por medio de nociones parciales, teorías inadecuadas, por medio de instrumentos diversos, y finalmente nos llega como un don y como una sorpresa. (Timothy Radcliffe, *Sing A New Song*, Dominican Publications, p. 239 Cantar un canto Nuevo). La búsqueda de la verdad sobre nosotros mismos es más una actitud que una acción individual. En algún momento, en el viaje de nuestra vida, debemos mirar nuestras limitaciones e imperfecciones y, así, llegaremos a conocer la bondad de Dios.

Otro aspecto de esta atención de Catalina hacia la verdad es que nadie posee la verdad, por lo tanto nos necesitamos los unos a los otros. No se trata de un viaje solitario, privado. Catalina estaba convencida de que todos los miembros del Cuerpo de Cristo tienen la responsabilidad de decir la verdad en el amor, por que ningún ser humano, ni siquiera el Papa, tienen la capacidad de comprender toda la verdad. En el Diálogo, escuchamos a Dios hablar con Catalina; “... lo mismo es cierto de muchos de mis dones y gracias, virtud y otros dones espirituales y las cosas necesarias para el cuerpo y la vida humana. He distribuido todo de tal manera que nadie tiene todos. Así, les he dado una razón, -una necesidad de hecho- para practicar la caridad mutua. Porque fácilmente podría haber provisto a cada uno de ustedes todo para cubrir sus necesidades, tanto espirituales como materiales. Pero quería que fueran de pendientes uno del otro, y así cada uno sería mi ministro, dispensando las gracias y dones que han recibido de Mí. ... Así ven que les hice mis ministros, colocándoles en puestos y cargos diferentes para ejercer la virtud de la caridad. Porque hay muchas habitaciones en mi casa.” (D7). El conocimiento de nosotros mismos nos conduce a los demás, así como al Otro, a Dios.

¿Qué pasa cuando falta esta verdad sobre nosotros mismos? A un grupo de mujeres en Florencia, Catalina escribe; “que tal espíritu no esté lleno de fantasías sino con sólida virtud, amando con un corazón sincero y no falso, libre pero no doble.” (Letter T 82). Y al monje Giovanni dalle Celle: “Avanza con verdad sincera que no sea contaminada con respeto humano.” (Letter T322) (Noffke, p. 21). Según Catalina, nosotras creamos fantasías, nos volvemos hipócritas y corruptas con relación al respeto humano cuando nos falta esta verdad sobre nosotras mismas.

May se hace eco de Catalina en su poema:
Ahora me vuelvo yo misma.
Ha llevado tiempo, muchos lugares y años.
He sido disuelta y sacudida,
Fingido colocarme la cara de
otros...”

(May Sarton, *Now I Become Myself in Collected Poems, 1930-1973* (New York: Norton, 1974), p. 156)

Nos ocultamos atrás de rostros que no son nuestros. Pienso que a veces la animación y la formación nos obligan a enmascararnos porque tenemos muchas cosas de que ocupamos. A veces, en nuestro rol de directoras y formadoras se nos pide que hagamos las veces de un administrador, director espiritual, profesor, guía, testamentario, tesorero y todo a mismo tiempo. Recuerdo que una vez, cuando estaba preparando una charla importante para la apertura de uno de nuestros colegios universitarios, nuestro abogado me llamó para preguntarme la decisión final sobre la venta de nuestro hospital. Apenas colgué el teléfono, una hermana llamó a la puerta para decirme que la hermana más anciana en nuestra enfermería había recién fallecido y que su familia quería ver me. Y todo eso pasó durante los primeros meses de mi primer año como Priora.

La lista de Nygreny Ukeritis nos confirma esta necesidad de ponerse varios rostros. Ellos escriben:

“Líderes excepcionales poseen competencias básicas: saben con seguir información, tienen eficiencia y habilidad administrativa, la capacidad intelectual de conceptualizar y analizar, junto con un fuerte sentido de misión. Además, estos líderes poseen una conciencia profunda de la sacralidad de la vida, lo cual les permite discernir y hablar de lo que pasa en un mundo cambiante. Su pasión es mejorar las cosas e iniciar cosas. Saben priorizar estrategia por sobre mantenimiento, su mirada están fija por donde la institución desea caminar y como llegará hasta su meta, y no tanto en sostener el funcionamiento diario del status que son objetivos y sinceros sobre lo que pasa, pueden subordinar su necesidad de ser populares y aprobados a la necesidad de cumplir una. Son sensibles a las señales de resistencia y siguen adelante enfrentando la resistencias como una parte normal entre sus obligaciones profesionales (como citado por Donna Markham, *Spiritlinking Leadership*, Paulist Press, New Jersey p 123,4)

Y, que quede entre nosotros, hay veces que tenemos que “fingir”, utilizar rostros que no son los nuestros. ¿Están de acuerdo?

Este ambiente -todas estas exigencias- a veces hace que nos engañemos en la creación de nuestra verdad. A veces, pensamos que nuestras palabras no pueden decir nada, independientemente de que sea verdad o no. Como dice Catalina, hay ocasiones en que estamos tentados a “ocultar la verdad y a decir mentiras si eso nos aventaja”. Otras veces, en cambio, pensamos que tenemos la última palabra sobre todo. Recuerdo un hecho con Pat Walter, el año después que había completado su mandato como Priora. Ella vivía conmigo en Roma y fue a ver la película “Isabel”. Le encantaron los vestuarios y el argumento y refirió a toda la comunidad, durante el desayuno del día siguiente, cuánto le

había gustado. Todos parecían escuchar su opinión. Esa tarde, dos hermanas inglesas fueron a ver la película, pero no les gustó para nada. No encontraron ningún rasgo positivo y nos dijeron su opinión el día siguiente, durante el desayuno. Pat, estaba sentada en silencio, escuchando lo que decían. Después, se apartó conmigo y dijo “Margaret, me acabo de dar cuenta de que debo renunciar a otro beneficio del liderazgo. Todo lo que digo ahora ya no se considera importante, digno de atención y verdadero”. El mismo tipo de santurronería que a veces caracteriza la política exterior de los Estados Unidos no se aleja mucho de nuestro comportamiento cuando estamos bajo presión. Frecuentemente repetimos: “Yo sé lo que estoy haciendo”, a veces sin convicción, otras veces por terquedad y miedo. Las presiones que soportamos como líderes y formadores son agobiantes. Se nos pide tan frecuentemente que hagamos las veces de personas públicas, que es grande la tentación de comportarnos siempre así.

Aunque este mundo externo es exigente, en fondo sabemos que es más fácil crear una institución que ocupamos de nuestra alma. “Hacemos que las instituciones suenen complicadas, duras y rigurosas, cuando en realidad son una cosa simple en comparación con nuestro mundo interior. (Palmer, *Let Your Life Speak*, p. 202). A veces mantenemos ocupados nos ayuda a conservar la ilusión de que tenemos todo bajo control. Como dice el actor Robin Williams, sobre su búsqueda de la autenticidad: “La verdad esencial es que a veces te preocupes de que descubran que fue una cosa totalmente accidental, que realmente no tienes talento. Que has perdido la musa o pero todavía- que nunca la tuviste. Pasé por toda esa locura al principio.” (Russ S. Moxley, “*Leadership and Spirit*”, p. 138)

¿Cómo podemos estimular esta declaración de la verdad, este cimiento de uno mismo? Naturalmente, existen los caminos tradicionales de dirección espiritual, retiros, intercambio con amigos, tiempo de calidad dedicado a la soledad y al silencio, incorporar las ocasiones en que nos sentimos apreciados, queridos y admirados. Mis lugares para este tipo de afirmación fueron con los niños Montessori, las hermanas en la enfermería y las visitas a mi hermano y a su familia. A veces, estaba tan ocupada que no podía hacer ninguna de esas cosas e inevitablemente comenzaba a adquirir comportamientos poco sanos. Me atrevo a decir que tomarse tiempo para esas cosas es más importante que escribir cartas a la comunidad, revisar los presupuestos de la congregación y organizar reuniones del personal. Bueno, tal vez esté exagerando, pero es sólo porque muy pocos de nosotros se permiten tanto a ese respecto.

Gracias a Catalina, resulta claro que tenemos que tomar seriamente este viaje interior, para nuestro propio bien como también para nuestra labor de liderazgo y formación. Como Rosa Parks, debo decir: “Nunca más voy a actuar por fuera de una manera que contradice la verdad que mantengo profundamente por dentro. Nunca más voy a actuar como si estuviera menos de la persona integral que sé por dentro que soy.” (Rosa Parks, *Rosa Parks: My Story* Dial Books, New York,

p. 116). Todas nosotras debemos mirar claramente a lo que está sucediendo dentro de nosotras, para no distorsionar la realidad y para que no permitamos que esa distorsión influencie nuestros pensamientos y decisiones. Otra cosa es abrazar las sombras, aquella parte de nosotras que no queremos ser, que quisiéramos ocultar, que esconde nuestros miedos, ansiedades e inseguridades. (Moxley, p. P.138) Entonces no las proyectaremos más. La vida nos ofrece indicios sobre nuestras sombras. Sabemos que se acercan cuando nos damos cuenta que las cosas tienden a ponernos furiosas. ¿Cuáles desaires nos hacen reaccionar de manera exagerada? ¿cuándo se asoma nuestra ira para perseguimos? ¿Qué les parecen nuestros miedos? ¿Qué es lo que no nos gusta en los demás, especialmente en los demás de nuestro mismo sexo? Es en ellos que más probablemente proyectaremos nuestras sombras, (Moxley, p. 142) La cita de Jung que prefiero es: “Nosotros no vemos las cosas como son, sino que las vemos en el modo que somos NOSOTROS.” Sólo cuando nos conozcamos a nosotros mismos seremos capaces de transformar nos en lo que dice Helder Cámara: “...un experto en el arte de descubrir el núcleo de verdad en las opiniones de todo tipo”, incluso la de nuestros miembros más difíciles o perjudiciales. (¡La última frase es mía!)

Es útil asimismo, dejar entrar a los demás en nuestras zonas oscuras, naturalmente no a todos los miembros de la congregación, aunque a muchos les encantaría tener acceso a nuestra mente y corazón. Pero, lo suficiente para que no estemos solos con nuestro secreto, cualquiera que sea. Últimamente estaba leyendo sobre una tradición cuáquera, llamada el “comité de la claridad”, un proceso mediante el cual el grupo se abstiene de dar consejos, pero pasa tres horas haciendo preguntas honestas y abiertas para ayudarte a descubrir tu propia verdad interior. (Palmer, p. 44). Hay algunas verdades sobre nosotros mismos que profundamente personales, pero no son necesariamente asunto privado. Cuanto antes reconozcamos este hecho, más libres seremos.

Por último, una cosa que he descubierto recientemente que me ayuda a mantener la perspectiva es decir, reír y celebrar la vida más. Incluso las tragedias de las últimas semanas nos recuerdan que hay muchas razones para celebrar. Este nuevo énfasis deriva de mi experiencia en la Asamblea de la Familia en Manila. (Hna. Marta lo sabía incluso antes de Manila!). Todas las noches en Manila había una celebración de algún tipo, a pesar de los tifones, la crisis política y los desastres económicos. Al principio pensé que era una exageración, pero poco después, y retrospectivamente, me di cuenta que esa era la clave de la oración profunda y los debates memorables relacionados con las misiones, ¿Alguna vez se han dado cuenta de que no existen acentos extranjeros cuando se escuchan las risas? La risa de la hermana árabe suena exactamente como la de la francesa. Este derrumbamiento de fronteras y esta nivelación que caracteriza la recreación es sumamente reconstituyente y unificador.

A través de la celebración, podemos reír juntos y estar completamente de acuerdo los unos con los otros, renunciando aparte de nuestro control y abriéndonos a la transformación. ¿Se acuerdan de esa película de mediados de los años ochenta, titulada la Fiesta de Babette? En esa película la celebración era transformacional. Una chef, con el dinero obtenido en una rifa, organiza una cena especial, y los doce invitados se transforman durante la celebración. Los invitados perdonan las heridas pasadas, paran de chismear, hablan con sus enemigos y comienzan a bailar juntos. Hay veces, en que lo único que podemos hacer es celebrar. Se nos han quitado tantas cosas que no hay nada que controlar, ningún lugar que esconder. Como dijo un fraile: “Necesitamos tener el coraje de pasar de un extremo al otro: de la escalada al baile, del control a la celebración.” Retrospectivamente, me hubiese gustado reírme más durante mi cargo de directora. ¡Acabo de darme cuenta de que perdí un poco de esta dosis regular de cuidado y charla, alegría y risas! Algunos nosotros tomamos esta cuestión del liderazgo y la formación tan seriamente, que perdemos la verdad de nuestro ser, es decir, que sólo somos “directores generales adjuntos de la congregación!”

Pregunta: intenten pensar en una ocasión en que no fueron sinceros consigo mismos ¿qué cosa les impidió serlo?

SER CARIÑOSAS CON LOS DEMÁS

Es fácil entender por qué la ternura forma parte de nuestra Espiritualidad de la Animación y la Formación. Domingo era conocido en el mundo entero precisamente por esta calidad. Dante en el paraíso (XII, 57) dijo que Domingo era “cariñoso con los de más” y Lacordaire comentó que Domingo fue capaz de “tocar el corazón de su siglo”.

Domingo era más cariñoso en su trato con los hermanos. Algunos de ellos lo observaban desde una habitación en el dormitorio, que tenía una ventana que daba a la Iglesia. Esto es lo que cuenta uno de los que lo observó: “un fraile discreto y virtuoso (Fray Juan de Bologna) declaró que había observado por siete noches a nuestro beato padre para ver como pasaba sus viglias. Después de rezar, se levantaría y visitaría a cada uno de los altares, uno por uno. Seguirá con esto hasta la medianoche. Entonces iba despacio donde dormían los frailes y cubriría a quien estaba destapado. A continuación, iría a la iglesia para seguir con sus oraciones.” Y sabemos de la amabilidad de Domingo cuando llevaba recuerdos a las hermanas y las invitaba a todas, posiblemente un centenar o más, a tomar un trago de vino. Nos cuentan que decía: “Beban, mis hermanas!”. Los relatos sobre su ternura son numerosos.

Seguramente, la historia que la mayoría de nosotros recuerda, es la de Juan de España, llamado también Juan de Navarra. “Cuando el Santo Padre Domingo lo enviaba a Paris... con Fray Lorenzo, Juan se le pidió algunas provisiones o algo de dinero para el viaje. El santo se negó a dárselo, urgiéndoles a ir como

discípulos de Cristo, sin llevar ni oro ni plata. “Confíen en el Señor” les dijo, “a los que temen a Dios no les falta nada”. Juan no podía aceptar esto; se negó en absoluto a obedecer la palabra del santo. Cuando el santo y amable padre vio la desobediencia del desgraciado hombre, se tiró a sus pies llorando y gritando por el miserable que no podía llorar por sí mismo. Les dijo de darles doce monedas para todo el viaje a París” (page 89 ED). También recuerdo la historia que cuentan sobre el almuerzo de Timothy, con el Papa. Durante el Sínodo Europeo, el Papa invitó a los participantes a sentarse en su mesa. Cuando Timothy se da cuenta que estaba sentado a la derecha del Papa, el Papa le pregunta: “Fray Timothy, ¿qué haces con un fraile desobediente?” Timothy, con la prontitud que lo caracteriza, respondió: “¡Lo quiero!” El Papa quedó maravillado por la respuesta y contó esta historia en el Sínodo, en diversas ocasiones. El hermano Ventura nos dice que “el beato Domingo tuvo tanta caridad (otra palabra por la ternura) que querría extenderla a todo el mundo, aún a los condenados y a veces lloraba por ellos. (Pag. 69 ED). ¡Qué ejemplo para nosotros! ¿Oramos por nuestros perseguidores?

No debemos maravillarnos que Domingo haya sido cariñoso con los demás, ya que era así con Dios. Domingo no sólo hablaba sobre Dios. Domingo se refería a Dios llamándolo “Mi Misericordia”. Se acuerdan de esa oración: “Mi Dios, mi Señor, mi Misericordia, que será de los pecadores?” ¿A qué llamamos nuestro Señor? ¿Contiene la amabilidad implícita en la oración de Domingo? También los nueve modos de orar de Santo Domingo reflejan ese cariño. Cuando Domingo usaba su cuerpo para rezar, al hacerlo podía deshacerse en lágrimas. Y sabemos que él tenía el don de las lágrimas desde temprano. Como un canon en Osma, la compasión caracterizaba su oración: él fue visto llorar por los pecadores, los desgraciados y los afligidos, ya que sentía el sufrimiento en su corazón compasivo.

También Santa Catalina es conocida por su ternura. En mi opinión, la historia de su encuentro con Nicolo di Toldo capta al esencia de su ternura. Como recordarán, le pidieron a Catalina que visitara a Nicolo, un prisionero enojado, que se había negado a ver un sacerdote. Él estaba muy inquieto porque había sido acusado injustamente y no quería escuchar tópicos piadosos sobre el perdón, ya que él creía que había que buscar justicia. Catalina logró conquistar la confianza de Nicolo escuchando su sufrimiento y miedo, y recordándole el gran amor de Jesús por él, a pesar de todo. Al final, pese a que los tentativos de Catalina de solucionar esa injusticia no tuvieron éxito, Nicolo le pidió a Catalina que estuviera presente el día de su ejecución.

En la carta de Catalina a Raimundo di Capua encontramos una tierna descripción de este acontecimiento: “Lo esperaba en el lugar de la ejecución y mientras esperaba, oraba...Antes de que llegara, me acosté y puse mi cabeza sobre el bloque, pidiendo a María la gracia que quería. Que le pudiera darle luz y paz de corazón en el momento de la muerte. Entonces llegó, como un manso cordero y cuando me vio comenzó a sonreír. Me pidió hacerla señal de la cruz

sobre él. ... Se postró con gran mansedumbre y yo estiré su cuello y me incliné sobre él, recordándole la sangre del Cordero. Con sus labios murmuraba solamente: Jesús, Catalina, y todavía estaba murmurando cuando recibí su cabeza en mis manos..." (Mary O'Driscoll, *Catherifle of Siena: Pasión for the Truth, Compasión for Humanity*, New City Press, New York, p. 41). El cariño de Catalina era una enorme fuente de consuelo y fortaleza. Desgraciadamente, las preocupaciones sobre la mala praxis nos amonestan sobre el uso de un toque apropiado en nuestros ministerios. Tocar puede ser tan curativo y restaurador, en ciertas ocasiones incluso más que las palabras.

Sabemos que Catalina tenía muchas preocupaciones y estaba muy ocupada en ese período de su vida. Durante la mayor parte de ese año, mil trescientos setenta y cinco (1375), antes de la ejecución de Nicolo, Catalina estaba en Pisa haciendo una cruzada y trabajando para la reconciliación entre las ciudades-estados y el papado. En abril, recibe los estigmas en la Iglesia de Santa Cristina en Pisa. Sin embargo, en el verano de ese año, encontró el tiempo para regresar rápidamente a Siena para visitar y ayudar a Nicolo. Parece ser que nunca perdió su toque con las personas comunes, a pesar de sus importantes compromisos, como la reconciliación de las ciudades-estado y el papado o las experiencias místicas.

Catalina le escribió una carta a Caterína de Scetto, una laica dominica que pertenecía a Mantellate de Siena, animándola a amar tiernamente: "No debes ni disminuir ni mezquinar tu amor hacia los demás sea que te ofenden, sea que te aman, sea que la alegría o provecho que ganas de su amor se reduce. Al contrario, debes amarlos con ternura, aceptando y aguantando sus defectos... así se hacen como el tierno y amable Pablo que llora con los que lloran, y se alegra con los que se alegran (cf. Rom. 12.15)... Quédense en el amor santo y suave de Dios —o Suave Jesús, Jesús Amor. (O'Driscoll, L 50, p. 27). Escuchemos parte del elogio de Catalina a la Misericordia de Dios y, en lugar de la palabra misericordia utilicemos la palabra ternura:

"Veo tu misericordia (ternura) que te obliga a damos aún más cuando tu nos dejas a ti mismo como alimento para fortalecer nuestra debilidad, para que nosotros tontos desmemoriados nos acordemos de tu bondad para siempre. Y qué ha hecho esto? Tu misericordia (ternura)... Porque por donde sea que mi mente se fija; no encuentro más que misericordia! (ternura) (D 30). Tanto Catalina como Domingo amaron un Dios gentil, tierno, que los abrazó y les dio la capacidad de ir y hacer lo mismo.

¿Qué pasa si falta esa ternura? Entra sigilosamente la severidad. Muchas veces, la severidad que existe entre animadoras y formadores y miembros, y entre miembros, se apodera de la vida de la congregación o provincia. Se critica y juzga mucho sin pronunciar palabras de comprensión y ternura. Es preciso entender cuál es el origen de esa severidad y encontrar modos para enfrentarla. De lo contrario, empeora y se extiende como una hiedra. ¿De qué estructuras disponemos para solucionar ese tipo de severidad? ¿Dejamos sencillamente

que los amigos se den cuenta? Según mi experiencia, muchos amigos no quieren poner en peligro la relación, e incluso a veces la fomentan. En muchos lugares, no disponemos más de ninguna estructura para enfrentar esa práctica divisora y difícil de solucionar. Annie Dillard escribe: “En las profundidades existen la violencia y el terror sobre los cuales la psicología nos ha advertido. Pero si montan y dominan estos monstruos, si caes con ellos más allá del borde del mundo, descubres lo que nuestras ciencias no pueden ni localizar ni nombrar, el sustrato, el océano, o la matriz o éter que sostiene el resto, que da a la bondad su poder para hacer el bien, y al mal su poder para hacer el mal, el campo unificado: nuestro complejo e inexplicable cuidado y amor la una por la otra y por nuestra vida juntas aquí. Es algo dado. No se aprende.” (Annie Dillard, *Teaching a Stone to Talk*, Harper-Collins, New York, p.94-95 Enseñando hablar a una piedra). Recientemente, los extraordinarios cuentos de heroísmo en los Estados Unidos después de los ataques en Nueva York, Pennsylvania y Washington son el testimonio de ese cuidado esencial hacia los demás. ¿Cuáles estructuras hay en nuestra vida dominicana para “atropellar esos monstruos” y preocuparnos los unos de los otros?

Con el tiempo, esa severidad se extiende en nuestros ministerios. Nos volvemos impacientes con el personal, críticos ante la debilidad de los demás, intolerantes hacia sus errores. Recuerdo mi visita a Vietnam el año pasado. En esa ocasión, tuve el privilegio de conocer a la hermana dominica más anciana del mundo, la hermana Mainin Lang Son, en el Norte, a 18 kilómetros de la frontera con China. La hermana Maim me contó la historia de cuando los comunistas en mil novecientos setenta y nueve (1979) intentaron hacerle ceder la propiedad de la Iglesia Católica en Lang Son. En ese entonces, la hermana era la única persona que se hallaba en la propiedad. El soldado comunista le pidió que firmara el documento, que ya estaba listo. La hermana Maim se negó y dijo: “No puedo hacerlo. ¡Si firmo esto no me iré al paraíso y tú estarás condenado al infierno, y no quiero que ninguna de estas dos cosas suceda!” No había dureza, ni si quiera hacia sus enemigos. Donna Markham, en su libro, hace observaciones sobre algunas suposiciones relacionadas con la gestión de los conflictos (p. 79). Dos puntos me impresionaron particularmente y me parece que comunican un poco de esa ternura, cuando habla de renunciar a la necesidad de convencer y de lograr separarse como amigos. Antes de enfrentarnos a nuestros adversarios, no nos tenemos nunca que olvidar que ante todo son nuestras hermanas y hermanos.

Sin embargo, muchas veces esta severidad no es intencional. Es sólo que no tenemos tiempo de preguntar ¿cómo estás? O de felicitar o guiñarle el ojo a alguien. Estamos muy ocupados. Es útil recordar que en el Génesis, el séptimo día no dependía de que se hubiese terminado el trabajo. No se trataba de una fiesta que podía aplazarse hasta que se terminara lo que había que hacer. El día de reposos se ideó para hacernos parar, descansar y tener una distinta perspectiva, un modo de ser y hacer como el del Señor. La Organización Internacional del Trabajo de las Naciones Unidas declaró que durante los años

noventa los estadounidenses añadimos una entera semana a su trabajo, un aumento de treinta y seis horas desde mil novecientos noventa (1990). Los estadounidenses trabajamos tres semanas y media más que los alemanes. Tenemos demasiadas reuniones; aparentemente todos tenemos que ir a todas las reuniones, y parece que en esas reuniones creamos más reuniones. Y el número aumenta a tal punto que tenemos que programar las cosas un año, a veces dos años, antes. Queda muy poco tiempo para la espontaneidad. La guía que propone Donna Markham en su libro es excelente y esencial para dejar que la ternura entre en nuestra vida. Frecuentemente, mi sobrina le dice a sus amigos cuando comienzan a ponerse muy nerviosos: “¡Vive la vida!”. Quizás todos nosotros tengamos que trabajar mitad del tiempo y tomamos cuatro semanas de vacaciones más un retiro, de modo que podamos vivir nuestra vida dominicana con tiempo para orar, tanto litúrgica como privadamente, vivir en comunidad, estudiar y no tener tiempo solamente para nuestros ministerios. ¿Qué les parece esto para ir contra la corriente?

Pregunta: ¿Cuándo sentiste la ternura de uno de tus miembros y cómo se sentía?

¿Cuándo fue la última vez que demostraste tu cariño a uno de tus hermanas y hermanos?

CONCLUSIÓN:

Intenté describir tres cualidades básicas para las animadoras y formadores dominicanas y, a dicho propósito, recuerdo las palabras de Micah: obra en modo justo, ama con ternura y camina humildemente con Dios. También quise mostrar algunas de las consecuencias de la ausencia de esas cualidades, junto con los modos para conservar esas cualidades como parte de nuestra conciencia. Creo que esas cualidades están relacionadas entre sí. Recuerden la ternura de la verdad cuando nos atrevemos a confrontar a un hermano o una hermana con la verdad de su alcoholismo. Al final ¿para nosotras qué puede ser más tierno puesto que hemos dado nuestra vida? ¿Y la ternura de la confianza? Piensen a cuando un hermano o hermana toma la profesión en nuestras manos y jura obediencia hasta el final de su vida. Podría seguir hablando sobre esta interrelación, pero será para otra charla.

Por tanto, mis queridas hermanas, ahora está en vuestras manos. Concluiré del mismo modo en que empecé, confiando en vuestra habilidad no sólo en reflexionar acerca de vuestras valiosas experiencias como animadoras y formadores, sino también en buscar la verdad de vuestra propia “Espiritualidad de la Animación y la Formación”. Continuemos confiando en nuestra búsqueda de la verdad y viviéndola en el amor. Muchas gracias.

Preguntas para la reflexión: Una espiritualidad dominicana de la animación

1. ¿En qué situación le cuesta más confiar en Dios?
2. Piense en una experiencia cuando no fue tan auténtica con usted misma. ¿Cuál fue el impedimento que no le dejó decirse la verdad?
3. ¿Cuándo ha sido la última vez que experimentó la ternura de una de sus hermanas y cómo le afectó? ¿Cuánto hace que no ofreció ternura a una de ellas?
4. ¿Qué ha descubierto sobre usted misma y su estilo de animación en estas situaciones?
5. ¿Cómo descubriría sus cualidades como Animadora Dominicana?
